



Sin título, 1934. Foto: Vidal Ventosa / Arxiu Fotogràfic de Barcelona

TRADICIÓN Y CAMBIO EN LA VIDA DE LOS GITANOS

CARMEN GARRIGA BOADELLA*

SALVADOR CARRASCO CALVO**

Los gitanos tienen una identidad cultural colectiva compartida, pero dotada de una cierta imprecisión, algo que la hace capaz de sobrevivir en contextos sociales muy diferenciados y de adaptarse, en una u otra dirección, sin dejar de ser ella misma.

El texto que presentamos se fundamenta en lo que hemos aprendido, a lo largo de casi cincuenta años, al compartir con esta población amistad, familiaridad, trabajo, estudio, formación, investigación, intervención y mediación social. Sobre todo de haber vivido y convivido con varias familias gitanas, en distintos barrios y poblaciones del Estado Español. Lo que, inicialmente, fue una relación personal individual pronto devino una experiencia compartida con amigas y amigos y, luego, con la propia familia. Nuestra relación con los gitanos siempre ha tenido, a esos diferentes niveles, dos vertientes: una primera derivada de nuestro trabajo y del ejercicio de nuestras respectivas profesiones; la otra de nuestra relación de amistad o de haber convivido con familias que nos quieren y aprecian como a unos de los suyos, siendo este un sentimiento compartido. Dos vertientes muy distintas, pero ambas formaron y forman parte de nuestras vidas. También este escrito va a tener dos miradas diferenciadas: la del análisis sociológico e histórico y la de la observación participante en los procesos de cambio que se producen ante él, en una presencia mantenida a lo largo de un dilatado período de casi cinco décadas.

* Carmen Garriga es profesora de la Universidad Autónoma de Barcelona. Forma parte del Consejo Académico del Instituto de Cultura Gitana.

** Salvador Carrasco es catedrático de Escuela Universitaria del departamento de Sociología de la Universidad de Barcelona. Miembro del Consejo Académico del Instituto de Cultura Gitana.

UNA CULTURA EUROPEA HETEROGÉNEA Y RESILIENTE

« [...] incandescente el lecho en el que habito,
mi condición, de reo y de herrumbe
desde una vejación de siglos, grito.»

José Heredia Maya, *Cuando en un universo
de caminos*. Penar Ocono. Madrid, 2011, p. 41.

La presencia de los gitanos en la antigua Corona de Aragón data de 1425. Se presentaron como peregrinos, camino de Santiago de Compostela, para conseguir los salvoconductos que les permitirían transitar por los reinos de la Corona, con libertad. Si, como insinuaba Goethe, la consciencia de Europa nació con las peregrinaciones medievales, los gitanos estarían presentes en el proceso de construcción europea, desde el principio. Pronto serían objeto de persecución y, más adelante, de intentos de genocidio, con períodos intermitentes de tolerancia o asimilacionismo a la sociedad mayoritaria, hasta bien entrado el siglo XX. Esta agitada y dura historia ha marcado la cultura gitana en toda Europa. También los gitanos se han visto ante «monstruos y trampas» y han reaccionado «empujados por su audacia», convirtiéndose en «el juguete de una imagen», de un estereotipo segregador con connotaciones racistas, que les ha perseguido hasta nuestros días. Estas expresiones entrecomilladas de Horacio sobre Europa son aplicables plenamente a los gitanos. A lo largo de un dilatado período histórico, lleno de vicisitudes de toda clase, los gitanos han vivido cambios profundos en su forma de vida, para adaptarse a los diferentes entornos sociales y políticos en los que se han encontrado.

La cultura gitana es, además, heterogénea y diversa. Los gitanos tienen una identidad cultural colectiva compartida, pero dotada de una cierta imprecisión; capaz de sobrevivir en contextos sociales diferenciados y de adaptarse, en una u otra dirección o en la contraria, si fuera necesario, sin dejar de ser ella misma; capaz de adoptar una imagen o color según impongan las circunstancias sin, por ello, perder trazos identitarios propios. Un gitano nos decía gráficamente: «todos somos gitanos, pero no todos los gitanos somos iguales; es muy relativo hablar de los gitanos en general (...), es importante distinguir entre lo que es propiamente gitano y lo que es consecuencia de otras circunstancias, hay mucha confusión». La suya ha sido, y sigue siendo, una cultura discernible pero versátil, con una notable capacidad de adapta-



4 generaciones. Foto: Jesús Salinas Catalá

ción al entorno, como ya hemos dicho. Son una minoría, con una identidad étnica compartida y difusa.

Tenía razón Gunter Grass cuando decía que los gitanos «viven en todos los países de Europa, no miran fronteras, no quieren un Estado y han contribuido mucho a nuestra cultura. Los gitanos son los verdaderos europeos! Tenemos mucho que aprender de los gitanos: son el alma de Europa». Una buena parte de este pueblo tiene, bien entrado el siglo XXI, una auténtica oportunidad histórica y, como siempre, vive un presente lleno de inseguridad, incertidumbre, y, con demasiada frecuencia, de marginación y de exclusión social. Se está produciendo una clara paradoja: por una parte, se avanza en el reconocimiento institucional de la comunidad gitana en Europa y en España, en el marco de nuevas medidas para la protección de las minorías étnicas, promovidas a lo largo de los últimos veinte años; y, por otra, se viven hechos gravísimos de racismo y discriminación contra comunidades gitanas en muchos países europeos.

A lo largo del tiempo, los gitanos han implementado diversas estrategias exitosas de supervivencia. La suya es una cultura resistente y resiliente, con una fuerte capacidad y habilidad de enfrentarse, con actitudes positivas y proactivas, a situaciones adversas y de crisis; una cultura durable, transmitida de padres a hijos. La vida entera del gitano gira al entorno de la familia.

Han resistido, durante siglos, ante el poder, la escasez y la precariedad de alternativas, adaptándose, en función de las posibilidades de cada situación histórica; conservando una clara memoria colectiva de lo que vivieron sus antepasados; aprendiendo de un pasado, lleno de dificultades, que les ha enseñado a acoplarse con la población mayoritaria sin renunciar a una potente identificación étnica. Este pueblo ha aprendido a doblarse sin romperse y sin perder sus raíces, como los juncos a la vera de los ríos. Hoy, entre nosotros, los gitanos vindican su plena ciudadanía europea y mantienen, a la vez, una identidad colectiva diferenciada.

La memoria histórica colectiva de este pueblo es singular, como lo son los hechos que configuran un pasado, hecho de la afirmación de una identidad a la que de ninguna de las maneras han renunciado a lo largo de los seis siglos de presencia en la Península. Tienen una cultura probada por la persecución y la marginalidad.

Han sobrevivido a intentos de genocidio, como el de la España de Fernando VI o el «Porrajmos» (la «abolición de gitanos» por los nazis en los campos de exterminio). Sólo en España, entre 1499 y 1783, se llegaron a promulgar hasta más de 250 providencias antigitanas.

Están por aplicarse a los gitanos aquella Sociología y Pedagogía de la Memoria que da cuentas y explica como la memoria colectiva permite a un pueblo revivir y recordar los acontecimientos en el marco social en el que se produjeron. Los gitanos transmiten la historia de su pasado de maneras diversas, referidas a la vida individual, grupal y social con un lenguaje sencillo, plagado de anécdotas. Es una memoria social, ejemplar y contenida en la sabiduría de los «tíos» (personas ancianas de respecto en su comunidad) a través de los cuales siguen vivas «las enseñanzas de nuestros antepasados»: en ella convergen y se reflejan las expectativas y los deseos, los intereses, la afectividad, la autocomprensión del grupo, los éxitos y las dificultades familiares, de los diferentes tipos de gitanos.

La memoria a la que nos referimos habla por sí misma, contiene «mensaje»: manifiesta con elocuencia elementos identitarios y se dirige a la comunidad, a las nuevas generaciones, y a quien sea receptivo a la significación de unos hechos referidos a «un tiempo situado en el corazón del grupo», ni pasado, ni presente, ni futuro: un presente transtemporal, un presente del pasado y del futuro. Un buen amigo gitano nos comentaba, no hace muchos meses: «nosotros miramos el tiempo como presente». Es, también, una memoria que muestra y sana miedos y heridas, que se manifiesta en sus expresiones artísticas y en

su poética; que oculta y muestra simultáneamente la ausencia y presencia del dolor vivido; es, a la vez, una memoria íntima y colectiva.

Sabemos que la concepción y la organización del tiempo es un elemento capital de la vida social. En este punto (por razones históricas no podría ser de otra manera) los gitanos han tenido históricamente valoraciones y formas de entender y hacer uso del tiempo y de la ocupación del espacio muy diferente de las de la sociedad mayoritaria. Algunas de las dificultades de la convivencia intercultural derivan precisamente de concepciones divergentes en estas materias.

LA EVOLUCIÓN SOCIAL DE LA POBLACIÓN GITANA ESPAÑOLA: CONTINUIDAD Y DISCONTINUIDAD

¡Oh ciudad de los gitanos!
¿Quién te vio y no te recuerda?
Que te busquen en mi frente.
Juego de luna y arena».

Federico García Lorca, *Romance de la
Guardia Civil, Romancero gitano*

A lo largo del período comprendido entre los años sesenta del siglo pasado y la actualidad, los cambios producidos en la vida de esta población son enormes y, aunque han alcanzado a todos los ámbitos de su existencia, se han dado, como siempre, sin pérdida de la identidad colectiva. Sin duda el balance es positivo. Hemos sido testigos cercanos de esos cambios. Los gitanos están inmersos, hace décadas, en un largo, lento e inexorable, proceso de transición hacia nuevas formas de vida. Son conscientes de que han cambiado mucho, de que hay elementos o rasgos culturales tradicionales que se pierden: un motivo serio de preocupación para muchos de los «tíos». Pero saben y manifiestan abiertamente que es necesaria la lucidez en la adopción de nuevas estrategias que les permitan adaptarse a las nuevas situaciones, en una sociedad mayoritaria tan cambiante, sin por ello dejar de ser lo que quieren ser. En nuestros trabajos de investigación hemos recogido expresiones inequívocas que así lo indican: «Hemos de avanzar, sin perder lo nuestro»; «la vida ha cambiado para mejor, también para los gitanos»; «hemos de procurar aprender, tener un oficio y luchar para tirar adelante, tal como está la vida, se ha de procurar que los niños y las niñas gitanos se preparen lo mejor posible y que, de mayores, consigan buenos trabajos».



Foto: Jacques Léonard /
Arxiu Fotogràfic de
Barcelona.

En definitiva, una apuesta valiente por la autopromoción de todos los gitanos que legitima la asunción de los riesgos que comporta su opción; un cambio controlado que no lleve a la pérdida de los valores esenciales de la tradición. Una vieja gitana, recordando con añoranza los años en que vivía en la playa del Somorrostro barcelonés, decía que «se ha avanzado mucho, más de lo que se ha perdido». Y otro gitano afirmaba que «si por mejorar se pierden algunas costumbres, no pasa nada». Estamos ante una estrategia de acoplamiento con la sociedad mayoritaria, con concesiones mutuas, que permita la autopromoción gitana y les facilite «ser lo que hemos sido y queremos ser».

Las familias gitanas y los grupos sociales que conocemos y hemos estudiado lo son todo menos una pieza de museo; todo menos un producto exótico y folklórico manipulado para embaucar turistas. Nuestros compatriotas gitanos llevan entre manos una apuesta realista, proporcionada a las posibilidades que les ofrece el entorno, razonable y tenaz, hecha de coraje de futuro, basada en la memoria colectiva de su experiencia histórica como pueblo: recuerdo, valor y buen juicio. Ciertamente, no les faltan motivos para el recelo. Quizás por ello, vigilan de manera intensa y continua y actúan sin dejarse llevar por la impaciencia o la desesperanza. No lo dude el lector: saben de donde vienen («hégira desde siempre»), saben lo que quieren («paraíso gitano luna siembra») y a donde van («los pies no se me salen del camino»), diríamos, haciendo nuestras las palabras del admirado poeta gitano José Heredia Maya.

En los años sesenta la situación de la población gitana era muy distinta a la de ahora. Muchas personas no estaban inscritas en el Registro Civil. Hubo que registrarlos. Muchos eran de reciente tradición nómada: ellos mismos, sus padres o sus abuelos, no habían tenido asentamiento permanente. Tampoco muchos matrimonios tenían «papeles», pues sólo estaban casados por el rito gitano. Hoy, diríamos, todos tienen papeles y, en general, conocen muy bien sus derechos. Han cambiado, también, la edad de entrada al matrimonio, hoy más retrasada; ha bajado el índice de natalidad, no se suelen ver ya parejas más jóvenes con diez y doce hijos; y ha disminuido muy notablemente el conocimiento del caló, a pesar de que se haya iniciado una cierta recuperación del romanó, entre una minoría inquieta de gitanos y gitanas. Hoy, como antes, la movilidad territorial de la población gitana es un hecho no limitado al territorio español, sobre todo con destino a Francia, Portugal y Latinoamérica.

Había una gran mayoría de población infantil sin escolarizar. Por una parte muchos no veían la necesidad y, por otra, había una gran escasez de escuelas. Una de las tareas del Secretariado Gitano de Barcelona era lograr que las familias descubrieran la necesidad de la escolarización y otra la creación y reivindicación de que se hicieran nuevas escuelas. En este sentido ha habido un gran cambio, tanto en la sociedad como en el mundo gitano. Ahora la preocupación mayor está en el paso a la secundaria y, en algunos barrios, en el absentismo y la desafección para con la escuela. Hoy es evidente el aumento del interés por la escuela. Hemos podido constatar que hay un gran número de alumnos gitanos en las escuelas privadas concertadas, a pesar de la opinión generalizada de que sólo hay alumnado gitano en las escuelas públicas y cada vez hay más gitanas y gitanos universitarios, aunque su número sea aún escaso.

Hemos vivido y estudiado varios traslados de barrios. Gran parte de nuestra vida la hemos pasado entre barraquistas («exbarraquistas» hoy) o hemos tenido parientes muy cercanos que lo fueron, con el cúmulo de problemas que esto representó durante la segunda mitad del siglo pasado. Aunque, todavía, en algunos asentamientos hay barracas e infravivienda, hoy la gran mayoría vive en barrios y/o polígonos estandarizados, con mayoría paya (no gitana) aunque en algunos haya más concentración. No está de más recordar a las generaciones más jóvenes de donde venimos. En los finales de los años 1950 y primeros años 1960 las ciudades hicieron un gran crecimiento y los problemas se fueron agravando sin que nadie se responsabilizara, ni



Escuelas Puente. Vigo. Años 70. Foto: Carmen López Arjona

urbanística ni socialmente, de atender las nuevas necesidades sociales con los servicios que se necesitaban en los nuevos barrios. De hecho, se irían generando conflictos, fruto de las injusticias y desigualdades crecientes, que surgían tanto de la forma de crecimiento como de la estrechez de miras y la estupidez de las soluciones que se iban dando a los problemas que las mismas acciones u omisiones engendraban.

Podemos constatar, igualmente, un espectacular crecimiento del número de población gitana acoplada (integrada socialmente) pero identitariamente gitana. En ocasiones esta población había estado oculta. Eran familias que disponían de un cierto bienestar económico y algunas con los hijos escolarizados y con estudios de formación profesional o universitarios. Otro gran cambio se observa en el llamado movimiento gitano. En los inicios (años sesenta) era fundamentalmente y con su participación, un movimiento dirigido y llevado por payos. En la actualidad el movimiento mayoritario gitano es de los gitanos. Existen dificultades y diversidad de opiniones sobre el tema y esperamos que, con el tiempo, se solucionen.

Quizás el mayor de los cambios sociales que, en estos últimos años, se está produciendo se da entre las nuevas generaciones de jóvenes y las mu-

eres gitanas. De hecho participan más en el espacio público, en el cual van teniendo ya voz propia. En fin, ha habido cambios muy profundos en la población gitana, pero, por lo que conocemos de la situación, muchas cosas siguen permaneciendo como algo constante, a veces desde hace mucho tiempo. También entre los gitanos el cambio está hecho de continuidad y discontinuidad.

Hemos podido acompañar de cerca a nuestros conciudadanos gitanos, algunos de ellos buenos amigos y amigas, en muchas de sus alegrías y sufrimientos. Hemos visto crecer a sus hijos e hijas y mejorar sus condiciones de vida. ¿Cómo olvidar los traslados forzados?; ¿cómo borrar de la frente el recuerdo de la vida de las chabolas, entre otros barrios, del Somorrostro o aquellos tricornios vigilantes del frío amanecer del día 19 de diciembre de 1969, cuando se llevaron, por fuerza, a cincuenta familias que quedaban en los tres barracones del Barrio de San Roque (montados en camiones como un mueble o un trasto más) a un destino desconocido, que resultó ser el de otras barracas en otro barrio de la gran ciudad vecina?. Cuarenta y dos años más tarde investigamos lo ocurrido en profundidad comprobando, con el dolor que da el conocimiento de los causas reales, los motivos mezquinos y las rivalidades políticas entre dos alcaldes franquistas, que llevaron a aquella bochornosa y vergonzosa situación. No se pueden ni deben olvidar las preguntas incisivas, entre indignadas y decepcionadas que hacían aquellas personas: «¿A donde nos lleváis?»; «No hay derecho, ¿es que no somos españoles?». La cita de García Lorca que encabeza este apartado la traemos a colación porque expresa el sentimiento vivo de la testigo y el del historiador de los hechos.

La vida de muchos gitanos españoles ha mejorado, sin duda. Hay que congratularse de ello. Pero, desde la perspectiva de la convivencia intercultural, es mucho el camino que queda por recorrer, que no es otro que el del respeto mutuo y el de una enorme paciencia que algún día permita superar el conflicto intercultural e histórico, manifiesto unas veces y latente otras, que existe con la minoría étnica menos valorada en nuestra sociedad. Una de las convicciones más arraigadas y claras que tenemos es que son ellos, los propios gitanos, quienes han de decir lo que quieren, hacia dónde van y cómo hacerlo. A nosotros sólo nos resta desear a los gitanos, con una expresión bien suya, un futuro con *Salud, fortuna y libertad: Sastipen, baxt thaj mestipén*.

Barcelona, diciembre 2011.